

“Adela, una mujer veracruzana”

Natividad Díaz y Morales

P R O L O G O

La presente Biografía, que nos permite conocer a Adela, mujer veracruzana, con las carencias de su época y de su sexo -en un ambiente machista- pero que superó las dificultades a tiempo y destiempo. Mujer emotiva, que al recordar su pasado se entristece, se altera, aprieta los puños de impotencia y en ocasiones a punto de llorar.

De excelente memoria, recuerda perfectamente fecha, día y hora de acontecimientos relevantes para ella como el nacimiento de sus once hijos, de nietos, bisnietos y personas de su afecto; de sucesos que han marcado su vida y la de sus seres queridos.

Con su madurez y seriedad es paño de lágrimas -como se dice en el lenguaje coloquial- de hijos, nueras, yernos, amistades y vecinos.

Adela reconoce que a sus hijos los educó de manera draconiana pero que de no haber sido así, serían éstos unos viciosos e improductivos aunque uno de ellos sí lo es, guarda la esperanza de que un día cambie. Con satisfacción comenta que el lado femenino de su familia no tiene vicios -refiriéndose a sus hijas y nietas- y se lamenta que no pueda decir lo mismo del otro sexo. Sin embargo, ama a todos por igual aunque está consciente que el amor no es recíproco. Adela, mujer que con sus limitaciones supo llevar a sus hijos a un futuro menos incierto.

En la Sierra Madre Oriental del Estado de Veracruz, -
llena de exuberante vegetación, clima semitropical y entre ser-
penteante camino, tres kilómetros antes de llegar a Misantla -lu-
gar del señor venado-, se encuentra la Congregación llamada Bue-
nos Aires, ahí el once de mayo de 1930, nació nuestro personaje,
ADELA, hija natural de Maximino Morales y Jacinta Aguilera. De
su primer matrimonio, Jacinta tuvo tres hijos: Federico, Felipa
y Leonor. Jacinta, al enviudar a muy temprana edad, conoció a
Maximino de quien se enamoró y el fruto de esa unión fue Adela.

Adela creció bajo la tutela materna pues Maximino hi-
zo caso omiso de su manutención y de darle su apellido, ambas -
cosas corrieron a cargo de Jacinta. Así, mientras sus hermanos
tenían dos apellidos, Adela, sólo uno, con su inocencia a Adela
esto no le afectó en sus primeros años. Dos años después del -
nacimiento de Adela, Jacinta dio a luz al último de sus hijos -
Renato, producto de su unión con Félix, que aunque no se casa--
ron vivieron juntos hasta el deceso de Jacinta. Félix salió de
lo estándares establecidos y resultó ser un buen padrastro a -
quien Adela llamaba papá. Félix sabía leer y escribir y en un
calendario llamado "Del Más Antiguo Galván" enseñó a leer a Ade-
la, quien a sus cuatro años sorprendió a sus familiares -Jacinta
no sabía leer ni escribir- por aprender sin maestro, sólo con
la ayuda de Félix. Para Adela estos conocimientos adquiridos =
fueron elementales ya que nunca asistió a la escuela aunque sus
deseos fueron enormes.

Adela profesaba un amor inmenso a su progenitora, -

gustaba acariciarle su blanca faz y su rizado pelo color azabache. La familia vivía en una pequeña casa hecha de madera, para cocinar tenían un fogón -hecho a base de madera en forma rectangular y relleno de tierra- por tanto, quemaban leña, la cual la obtenían recogién^dola de las áreas cercanas a su vivienda.

Adela jugaba con Renato, dos años menor que ella, pero también ayudaba a los quehaceres del hogar en cuanto ella podía. Su madre solía darle a ella y a Renato pequeñas porciones de pepita de calabaza para que la pelaran y ellos jugaban "carreras" a ver quien ganaba. Adela con un pequeño balde, acarrea^ba agua de un arroyo que distaba de la casa como setenta metros; gustaban bañarse en dicho lugar ya que Jacinta acostumbraba el aseo diario y así enseñó a sus hijos.

A principio de los años treinta hubo una gran carestía, debido al Movimiento Cristero, que afectó a la producción agrícola del país. En esa época, Adela y su familia debieron cambiar su dieta rica en carne de los diversos animales que deambulaban entonces por "la sierra", así solían llamarle; mamíferos como: venados, jabalíes, mapaches, tejones, armadillos y conejos; aves: faizanes, perdices, totocalcas, gallinas y por sí fuera poco camarones de agua dulce, por "yuca" tubérculo propio de esas tierras, del cual se produce el almidón. Al acabarse la yuca, tuvieron que comer plátano roatán tierno, hervido y molido y hacer una especie de tortilla y comerlo con agua.

Los primeros ocho años de Adela, bien podría decirse

fue la etapa más feliz de su vida como ella lo dirá más tarde, - ya que disfrutó de los cuidados y el amor de su madre. Félix, - el marido de Jacinta quería bien a Adela y a Renato pero no era un hombre dedicado al trabajo, por el contrario era derrochador pues las pocas prendas valiosas de su mujer las malbarató y solamente él aprovechó las ganancias obtenidas de las joyas.

Cuando Adela tenía ocho años y por motivos económicos la familia tuvo que trasladarse a un lugar llamado "Cerro del Tigre", sierra adentro, donde se dedicarían a cortar café. Apenas tenían dieciocho días de instalados, Jacinta enfermó de gravedad y falleció; como estaba acostumbrada a bañarse diariamente a la intemperie y en un arroyo, quizá su muerte se debió a una pulmonía fulminante o hipertensión -ya que padecía dolores de cabeza- la que la llevó a dejar este mundo a los cuarenta y tres años de edad -nacida el 24 de noviembre de 1894- corría entonces el año 1938 y el mes era octubre. Adela guarda vivamente en su memoria la agonía de su madre, ésta postrada en una cama hecha a base de tablas; Adela recuerda que la preocupación de Jacinta eran sus dos hijos pequeños ella y Renato ya que sus hermanos mayores eran ya unos jóvenes en cambio los dos menores tenían ocho y seis años respectivamente.

La muerte de Jacinta fue un golpe duro para los tiernos años de Adela, pues aunque tenía hermanos mayores y abuelo -por la línea materna, llamado Angel, ninguno de ellos se hicieron cargo de ella. La tomó bajo su "cuidado" la hermana menor -de su difunta madre y madrina de bautizo llamada Paciana, mujer

inconsciente y de escasa moral como se verá más adelante.

Con sus escasas pertenencias y en la orfandad, Adela se fue a vivir a casa de su tía Paciana, ésta tenía dos hijas de diferente padre, Antonina y Paulina; en ese tiempo vivía con Enrique, hombre dedicado a las labores del campo.

Adela debía levantarse, a sus escasos ocho años, a las cuatro de la mañana a moler en metate el nixtamal puesto a cocción la noche anterior; con sus pequeñas manos y sacando fuerzas de su fragilidad debía convertir aquellos granos de maíz cocidos en suave masa para después palmeando ambas manos moldear una tortilla no sin antes preparar el fogón y encender la leña. Su desayuno en exceso frugal, consistía en un plato con frijoles, tortillas y chile y cuando no había para más únicamente tortilla con sal o con chile. En ese tiempo y por esos lugares los lavaderos eran desconocidos así es que debían fregar la ropa sobre piedras lisas a la orilla de los arroyos o ríos. Adela lavaba la ropa de Enrique, de su tía y de las hijas de ésta.

Paciana lejos de hacer una obra de caridad a la muerte de su hermana Jacinta, con Adela bajo su custodia había obtenido una sirvienta a precio de nada. La huérfana veía con coraje cómo su tía, ya muy avanzada la mañana, llevaba a Paulina el desayuno hasta su cama pues ésta jamás supo de quehacer alguno, por el contrario se ensañaba con Adela ya que la humillaba y le recordaba su condición de "arrimada"; Antonina en cambio nunca la maltrató pero tampoco la ayudaba en las labores domésticas. Adela al ir a traer agua al arroyo, para la casa de su tía, recordaba

con tristeza cuando iba en compañía de su madre y hermanas pero entonces lo hacía por gusto ahora por obligación. En cada paso, en cada lugar evocaba a su madre muerta, pues la tía Paciana vivía en Buenos Aires, donde antes de morir vivía Jacinta, y a no muy lejana distancia su abuelo materno Angel con quien no contaba para nada.

Adela lloraba amargamente todos los días la ausencia de su madre, no soportaba su orfandad; en lugar de llevar una vida tranquila y llena de juegos como correspondía a su edad, debía trabajar desde la madrugada hasta el anochecer diariamente. De vez en cuando veía a su abuela paterna, llamada Librada, única persona que la hacía sentir amada ya que de ella recibía tiernas caricias, además su abuela le regalaba dos pesos con cincuenta centavos de plata 0.720 cuando entonces un peso alcanzaba para comprar carne, maíz, frijol, arroz en cantidades pequeñas pero que alcanzaban para comer. Pero Paciana al darse cuenta del obsequio le arrebatava a Adela lo recibido y se lo gastaba en aguardiente su bebida favorita. Adela sólo tenía un vestido y una combinación y andaba descalza; si su tía hubiera dedicado uno de los pesos que con frecuencia le regalara su abuela Librada, hubiera tenido al menos tres prendas de vestir, ya que acostumbrada a la limpieza de Jacinta, la niña se bañaba diariamente, lavaba su prenda exterior y debía esperar a que se secara para poder ponérselo y así poder lavar su ropa interior. Poco después se casó su prima Antonina y el trabajo de Adela aumentó sobre todo con el nacimiento de sus primeros hijos a los-

cuales también debía atender.

Cuando Adela tenía once años, su tía Paciana decidió casarla con su sobrino Pedro, hijo de su hermana Eustolia y por tanto primo hermano de Adela; ambas mujeres se habían puesto de acuerdo pero la huérfana no aceptó y enfadada se enfrentó a Paciana diciéndole que si querían casar a Pedro -de trece años- lo hiciera con su hija Paulina y amenazándola le dijo que ese suceso tan embarazoso lo sabría su abuelo Angel, padre de ambas, quien no se había preocupado de la suerte de Adela pero representaba autoridad para las dos hermanas.

A los doce años, Adela conoció, sólo de vista, a Clemente, joven guapo de hermosos ojos y tupida ceja; vivía en Misantla y viajaba a Buenos Aires, con su padre, por cuestiones de trabajo. Adela sólo lo observaba de lejos y aunque por breve tiempo llegaron a ser vecinos, jamás hubo algo entre ellos.

Otro golpe duro de asimilar para Adela, fue cuando se enteró de que sus tías Paciana y Eustolia se habían puesto de acuerdo -una vez más- para no dejar partir a Félix, quien se había hecho cargo de Renato, su hijo; pero por mero interés económico de ambas ya que para esas fechas Eustolia recibía de él dos pesos con cincuenta centavos a la semana en pago de sus "servicios" y para detenerlo casar a Felipa, hija de la difunta Jacinta, con Félix quien fuera marido de la extinta y las cosas sucedieron como lo habían planeado las inmorales tías. Felipa, de carácter débil fue presa fácil de las ambiciosas tías. Adela

con una moral muy por encima de sus familiares, guardó mucho rencor a Félix, a quien dejó de llamarle papá, las relaciones con su hermana ya para ese tiempo frías, se congelaron. El inocente Renato ya no sabía si tenía una hermana o una madrastra.

Adela con tanto trabajo: moler, hacer tortillas, lavar, acarrear agua, ir a recoger leña, cuidar la siembra de la amenaza de las aves y en tiempos de cosecha de café ir a cortar lo y limpiar la finca con azadón en compañía de Enrique, quien le profesaba mucho respeto; seguía llorando diariamente la pérdida de su madre. Pero uno noche en que Adela se encontraba sentada en una banca cercana a la puerta que daba al patio, contaba entonces con catorce años, sollozando recordaba a Jacinta, vio como una mariposa de color blanco, revoloteaba sobre las veladoras encendidas del pequeño altar de su tía y temió se quemara, sin embargo, ésta se posó sobre el pecho de la adolescente y cuando quiso tocarla se alejó volando. A partir de entonces Adela dejó de llorar a su progenitora y sintió al fin un poco de paz. Ella pensó que fue el espíritu de Jacinta transformado en mariposa que quiso hacerse presente para que ya dejara de sufrir y derramar tantas lágrimas durante seis años ininterrumpidos.

A pesar del excesivo trabajo, Adela contaba con una excelente salud, además debía seguir los cánones establecidos para los huérfanos: nunca enfermarse, no sentir hambre, ni frío, ni calor. Al rememorar Adela aquellos tiempos, agradece a Dios que a pesar de ser huérfana, joven, de tez blanca, piel

suave, cuerpo estético y bella, nadie nunca osó faltarle al respeto; quizá su seriedad fue la que la llevó a marcar un límite donde nadie se atrevió cruzar, aun viendo la poca moral de sus familiares tan cercanos.

Cuando Adela cumplió sus quince años, nadie se enteró únicamente ella y su soledad recordaron esa fecha. Muy pronto la vida de Adela daría un giro de ciento ochenta grados, aunque la felicidad en ese entonces parecía le estaba prohibida por los acontecimientos que siguieron a su ya triste vivir.

Por el mes de abril de 1945, Paciana recibió una carta la cual venía dirigida a Adela, la misiva era de un hombre llamado Conrado, de treinta y dos años, bajo de estatura, piel morena y cabello rizado, sus apellidos Dorantes Rojas,; en ella ofrecía matrimonio a Adela diecisiete años menor.

Cuando Paciana comentó a Adela el contenido de la carta muy molesta contestó que no deseaba casarse además de que no conocía a ese hombre; quizá alguna vez lo había saludado ya que Conrado era también vecino de Buenos Aires, pero vivía cerca del camino real y Adela en la parte contraria pero no podría identificarlo. Pero Paciana no iba a darse por vencida y día a día con palabras suaves trataba de convencer a su sobrina; le decía que por ser un hombre mayor la iba a querer mucho además que los varones adultos eran mejor que los jóvenes. Tanta insistencia por parte de su tía fue haciendo mella en Adela, tan necesitada de cariño y agobiada por innumerables labores, además

de que "al buen entendedor, pocas palabras", su tía seguramente deseaba deshacerse de ella y aunque Adela no quería casarse, vio en esta opción la coyuntura para librarse del yugo e insanas costumbres de su tutora durante más de siete años.

Sin duda para Paciana fue dulce canto a sus oídos escuchar a Adela decir que aceptaba la propuesta matrimonial de Conrado. Facundo Rojas, tío de Conrado, acudió a pedir la mano de Adela ya que su sobrino era huérfano de ambos padres. Facundo tenía tres hijos frutos de su primer matrimonio: Fabián, Obdulia y Fidencio, éste casado con Artemia, ebrio consuetudinario, desobligado y atenido a que su padre le proporcionaba todo, además vivía cerca de él los otros dos en Misantla.

Y el quince de agosto de 1945, Adela contrajo matrimonio civil y eclesiástico con Conrado Dorantes Rojas -caso poco común ya que la mayoría de familiares y vecinas se iban con el novio o salían embarazadas-. Sus padrinos fueron Emilio Gómez y Anne Gundher, inglesa, viuda de James Gundher, llegados a estas tierras huyendo de Europa en la Primera Guerra Mundial.

Adela creyó que al fin tendría un hogar propio y quien la amara, qué lejos estaba de imaginar lo que el destino le deparraba.

En la casa de Facundo y su esposa Domitila Luna, hubo desayuno y comida para festejar la boda de Adela y Conrado pero como éste vivía con Facundo desde que quedara huérfano muy pequeño, no tenía propiedad alguna: le trabajaba al tío de sol a

sol y sólo recibía migajas ya que Conrado era apático por tanto no deseaba cambiar su situación de jornalero mal pagado.

Así Adela, una vez más estaba en calidad de "arrimada" y si antes lavaba la ropa de Enrique y sus primas, ahora debía fregar la ropa de su marido, Facundo y Domitila y todo el quehacer de la casa ya que la mujer de Facundo se dedicaba a coser - ropa ajena y al fin había alguien que lo hiciera todo gratuitamente. Por otra parte cabe decir que Facundo y Domitila nunca se distinguieron por ser generosos; sin embargo, Adela guarda un buen recuerdo y agradecimiento hacia Domitila, no así de Facundo.

Apenas había pasado un mes de la boda cuando una noche en que Adela se encontraba en la sala en compañía de Domitila, antes ya había preparado la cena; de manera intempestiva llegó Conrado, sacó su machete -que acostumbraba traer colgado a la cintura- y dio con éste, por su lado plano, en el brazo de Adela la cual se quedó atónita y con un hilillo de sangre corriéndole por el brazo izquierdo pues aunque el golpe había sido lateral, el filo del machete hizo lo suyo al fuerte impacto. Domitila, iracunda, se encaró a Conrado y le dijo si estaba loco y qué le había hecho su esposa para que la tratara así, éste sólo se concretó a decir que era muy macho. Domitila lo amenazó diciéndole que bien podrían demandarlo ante tal felonía, contestó que si deseaban lo hicieran al fin y al cabo podría huir. Domitila limpió con petróleo la herida de Adela y como ambas mujeres no cumplieron sus amenazas, Conrado muy quitado de la pena se -

sentó a la mesa dispuesto a que Adela sirviera la cena y ésta - avergonzada ante la presencia de Facundo y Domitila atendió a su abusivo marido. Adela intuyó que lo que deseaba Conrado era que se embarazara y a finales de 1945 sintió que en su vientre germinaba una vida y dio la buena nueva a su esposo, el cual a raíz de entonces controló un poco su carácter violento aunque no por mucho tiempo.

El dieciséis de abril de 1946, Conrado, en estado de ebriedad volvió a su carácter iracundo y bravucón y con su machete -su arma favorita- hirió por la nuca a Leoncio, un vecino y según Conrado, su amigo; al verse perseguido y amenazado con ir a parar a la cárcel, huyó sierra adentro durante dos meses, al término de este tiempo regresó, se puso de acuerdo con Leoncio para que retirara la demanda y ofreció pagarle los gastos médicos. Ante tal situación, Adela seguía descalza -no así su marido- y con sólo dos vestidos. Conrado en lugar de recibir un salario, su tío le daba "su domingo" y esto era cinco pesos - cada ocho días. El innumerable trabajo que desempeñaba Adela era para ganarse su comida y nada más.

El nueve de junio de ese mismo año, durante la noche, Adela sintió como un piquete de mosco -común en esos lugares- en el dedo medio de su mano izquierda y ligera comezón. Pasados ocho días notó bajo la piel de su mano pequeños abultamientos. Acudió al médico militar de Misantla, Juan Muñoz, quien la citó diariamente durante un mes para curación y le aplicaba una inyección en el brazo. Pero al cabo de ese tiempo en lugar de -

mejorar, el mal se iba extendiendo hacia el antebrazo y formándose tumores llenos de pus de aproximadamente tres centímetros de diámetro y el dedo prácticamente estaba putrefacto aunque inodoro.

Eufemia, tía de Conrado, aconsejaba a Adela de que fuera a ver a un curandero pero como Adela no creía en adivinos ni en supercherías, no se decidía. Conrado al ver el estado delicado en que se encontraba su esposa y con siete meses de embarazo, la llevó con Pedro, hombre de unos cincuenta años que había padecido de poliomielitis y sus piernas habían quedado tullidas, tenía fama de curar males que los médicos no podían. Conrado y Adela se hicieron acompañar por Eufemia y su hija Celina. Pedro vivía un poco antes de llegar a Misantla y atendía a sus pacientes en su pequeña casa hecha a base de madera y techo de zacate. Cuando entraron a la habitación fue obvio que Pedro se diera cuenta quién era la enferma; sentado y frente a él Adela, de pie, tomó una botella con aguardiente y hierbas y sin siquiera posar los labios sobre el orificio de ésta, roció el rostro de Adela quien al momento sintió gran repulsión. El curandero al darse cuenta del asco de Adela le sentenció así: no te vas a curar, y dirigiéndose a Eufemia y a Celina, quienes por cierto eran de su familia, les preguntó: ¿por qué le tienen envidia a esta muchacha?, ningún mal les ha hecho, deberían de ser trabajadoras como ella y no andarse metiendo en su vida ni haciéndole mal alguno. La tía y prima de Conrado respectivamente, no contestaron nada, sólo inclinaron la cabeza. Al salir de la casa de Pedro nadie hizo comentario alguno.

A principios de junio, Adela y Conrado se fueron a vivir a su casa, en un terreno propiedad de Facundo. Conrado había construido la humilde vivienda hecha a base de carrizos y techo de tejamanil -tabla delgada que se coloca como teja-, para bañarse estaba el arroyo y para defecar a ras de suelo entre las hierbas ya que en esos tiempos no construían ni letrinas.

En julio de 1946 llegó a este mundo la primogénita de Adela y Conrado a la que pusieron el nombre de Martina. Lo que pudo haber sido dicha y felicidad plena para la nueva madre, una vez más se tornó en tristeza y preocupación ya que a raíz del nacimiento de la pequeña, le habían salido a Adela más tumores y reventado más de veinte.¹⁴ Conrado se mostró solícito ya que ayudaba a su mujer en los quehaceres domésticos pues la señora que habían contratado para que ayudara a Adela durante la cuarentena iba cada tercer día. Pero Adela como buena madre ya no se preocupaba por sí misma sino por su hijita ya que a los pocos días de nacida por las tardes le salía un tumor purulento en la parte de la ingle derecha y por la mañana le reventaba, pero por la tarde le salía otro en la ingle izquierda y así pasaron cuatro días, Adela desesperada ya no sabía qué hacer.

Domitila, preocupada por el avance de los tumores de Adela y ahora de la recién nacida, aconsejó a Adela que fuera con Doña Zenaida, quien vivía en Vega de Alatorre, Veracruz y tenía fama de ser excelente curandera. A esta señora le faltaba el brazo derecho ya que hacía años, tuvo la insensatez de revelar a uno de sus pacientes el nombre de la persona que le había

hecho el mal. El inculpado al enterarse -pues estaba presente- lleno de ira, con su machete de un tajo le amputó la extremidad superior derecha. Desde entonces la señora por nada del mundo la hacían decir el nombre del causante del maleficio.

Tanto Adela como Conrado tomaron a bien la sugerencia de Domitila y ambos viajaron a Vega de Alatorre, sin llevar a la niña -ya que Doña Zenaida tenía la virtud de curar si le llevaban alguna prenda de vestir del enfermo-; Adela llevó consigo una playera de su primogénita.

La casa de Doña Zenaida era hermosa, de concreto, techo de losa y bellos jardines por ambos lados. Recibía a sus enfermos en su cómoda y amplia sala: sentada en su silla atrás de una mesa pequeña de cedro, cubierta por un mantel, sobre la cual había un recipiente con agua y dentro de éste una piedra de río cuya parte superior no tocaba el agua. Adela llevaba su brazo vendado, la señora ni siquiera lo vio, indicó a Conrado que encendiera una vela que ella sostenía en su única mano, Conrado -obedeció; entonces Doña Zenaida vació unas gotitas de cera sobre la parte seca de la piedra, la observó y dijo: sí, vas a sanar, todavía es tiempo aunque el mal va directo al corazón, si ya hubiera llegado ahí, yo nada podría hacer, ya verás que tú y tu niña se curarán, pero vas a hacer todo lo que yo te indique. En una cazuela de barro nueva, vas a colocar siete hojas de aguacate oloroso, siete cabezas de ajo pelados, siete flores de muerto -cempasúchil-, siete colillas de puro recogidos de la calle, un trocito de alcanfor, un pedazo de una camisa de tu ma

rído, tierra de siete lugares distintos, dos velas de cera, un litro de aguardiente al cual le vas a quitar lo de un cuarto y completarás el litro con agua bendita; todo esto deberá cocerse al tiempo que rezarás tres Aves Marías a la vez que sostienes con tu brazo enfermo una de las velas porque la otra la dividirás en siete partes, buscarás el rincón más obscuro de tu casa, allí harás un círculo formado por los trozos de la vela y en el centro la cazuela, con un algodón te darás toques con el cocimiento lo más caliente que lo soportes en la parte afectada, esto lo harás de noche durante siete días. Al finalizar las curaciones, tú habrás sanado; y a tu niña le vas a plicar nopal molido y frito en aceite de palma y pronto sanará, lo de ella será más rápido. Y tal como lo dijo Doña Zenaida así sucedió, Adela y Martina sanaron. Y hasta la fecha en el brazo izquierdo de Adela se pueden ver las cicatrices de aquellos tumores.

En 1948, Adela dio a luz a su segunda hija a quien bautizó con el nombre de Mariana, por ese entonces Adela trabajaba un poco menos; hacía las labores del hogar y en tiempos de cosecha de café iba al corte -así suelen llamarle por estas tierras a la recolección del café cereza-.

En el mes de abril de 1949, Adela nuevamente estaba embarazada, le faltaban dos meses para parir cuando una noche en que Conrado regresaba de sembrar maíz, ya de noche y sumamente cansado y con hambre; de pronto apareció su primo Fidencio -dieciocho años menor que Conrado- ebrio y montado en su caballo lo invitó a emborracharse, Conrado contestó que estaba muy cansado

y que lo dejara en paz, su primo, iracundo por la respuesta le gritó que lo mandaba la mujer y que él acabaría con su familia. Conrado, quien no se caracterizaba por tener un carácter templado, al oír estas palabras, sacó su machete y le asestó un golpe en la frente ya que amenazaba meterse a la humilde vivienda montado en su caballo. Fidencio cayó pesadamente. Adela y Conrado junto con sus niñas se encerraron en su casa. El injurioso - pronto recobró el sentido y empezó a gritar pidiendo auxilio; lo fueron a levantar -sin duda algunos familiares- y uno de ellos fue a denunciar a Conrado a Misantla, cabecera municipal, y en poco tiempo llegaron varios policías para detener a Conrado, haciendo uso de violencia, golpearon salvajemente al inculcado; Adela salió a su defensa tratando de impedir se lo llevaran pero uno de los policías, levantando su arma, amenazó con golpearla - sino se quitaba aun viendo su estado avanzado de embarazo, pero Adela hizo caso omiso. A Conrado lo seguían golpeando de manera inmisericorde y al fin desfallecido, se lo llevaron a la cárcel de Misantla. Por cierto, Facundo -el padre de Fidencio- por esos días estaba preso por ríjoso. Cuando supo lo sucedido gritó y ordenó -el dinero todo lo puede decía- que lo detuvieran vivo o muerto. Se cree que pagó a los policías para que lo golpearan de semejante manera.

Durante una semana, Adela tuvo que ir a declarar al Ministerio Público y para llegar, debía caminar tres kilómetros de ida -seis en total-; sus pies descalzos, sentían quemarse con el suelo caliente y por sí fuera poco atravesar a pie el río Las

Palmas -conocido así por los lugareños ya que su verdadero nombre es Río Misantla- para después volver a sentir calcinarse las plantas de sus pies. Las declaraciones de Adela no sirvieron de nada para aminorar la condena de Conrado ya que Facundo había pagado a jueces y testigos y lo sentenciaron a tres años y medio de cárcel.

Los sufrimientos de Adela tal parece no tendrían fin, debía trabajar de sol a sol sembrando maíz, cosechando, vendiendo gallinas que ella misma criaba, cortando café y lavando ropa de vecinos y de algunos presos; iba a visitar a Conrado dos veces por semana llevándole comida y ropa limpia. Pero en mayo -suspendió sus visitas ya que a mediados de mes parió a su primer varón al que nombró Pablo. Adela en esta ocasión no contó con el apoyo de su marido. Manuel, esposo de Leonor y ésta hermana de Adela, -hombre de buenos sentimientos y buen samaritano para todo aquel que necesitara ayuda-, visitaba a Conrado, mientras Adela guardaba la dieta.

A principios de febrero de 1951, Conrado salió libre bajo fianza. Regresó a su humilde hogar, a labrar la tierra y casi dejó de ingerir alcohol. Cada fin de semana debía presentarse a la cárcel a firmar. Lamentablemente no todo salió bien ya que otro reo en la misma situación que Conrado, decidió huir y por consiguiente los jueces del Ministerio Público y los del Juzgado de Primera Instancia decidieron que los convictos libres bajo fianza debían regresar a la cárcel. Conrado no opuso resistencia cuando los agentes lo llevaron nuevamente --

preso.

Una vez más, Adela estaba embarazada, debía dar a luz - en marzo y otra vez se encontraba sola. A finales de febrero, - Martina de casi cinco años, Mariana de tres y Pablo de casi dos, se enfermaron de calentura y fuerte diarrea; Adela les daba remedios caseros pero no sanaban, pronto ella también empezó a - sentir los mismos síntomas y se dio cuenta que lo que tenían era sarampión. Adela se desvivía por atender a sus pequeños que llo- raban constantemente por los cólicos y la fiebre; como no tenían suficientes pañales, decenas de veces al día iba al arroyo a la- var -para llegar debía caminar unos cien metros cuesta abajo- por tal motivo su salud día a día empeoraba pues a diferencia de los niños, a ella no le brotaba el sarampión. Domitila los visi- taba ocasionalmente pero dejó de hacerlo por unos días. El tre- ce de marzo, Adela, ya sin fuerzas junto con sus hijos descansa- ba sobre unas tablas en el suelo; en eso llegó Domitila y se com- padeció al verlos tan enfermos y desamparados. Dijo a Adela que no podían seguir así y que lo mejor era llevárselos a su casa y así lo hizo. Uno a uno trasladó a los niños y al final se llevó a Adela a quien cubrió con dos gruesas cobijas ya que empezaba a llover. La humilde vivienda empezaba a gotear.

Ya instalados en la casa del tío de Conrado, Domitila pidió a Facundo fuera a Misantla a ver al doctor para que envia- ra medicina a los cuatro enfermos; éste aprovechó el viaje para realizar asuntos personales y regresó de noche. A poco rato de que Adela tomara un jarabe, empezó a sentir dolores de parto y

a las diez de la noche con la ayuda de Guadalupe -mamá de Domitila- dio a luz a su segundo hijo varón. En esos tiempos todas las mujeres embarazadas eran atendidas por parteras a domicilio y Adela no fue la excepción.

Después del parto a Adela le empezó a brotar el sarampión y las consecuencias de dicha enfermedad no se dejaron esperar, pues el recién nacido, llamado Juan, falleció diecisiete días después. Duro golpe para Adela, pero en esta ocasión contó con el apoyo desinteresado de Domitila. Conrado, preso, pidió permiso para salir pero no le fue otorgado. Acudieron al funeral los padrinos del niño, Domitila, Leonor y Manuel. Días antes Leonor le había prestado a Adela a su hija Teodora para que cuidara los pequeños -Adela llevaba una relación más estrecha con su hermana Leonor y su cuñado Manuel que con Felipa y Félix-.

Adela con sus ahorros -de cosechas de café y venta de gallinas- sufragó los gastos de su enfermedad y la de sus hijos y del funeral; así como para sus alimentos ya que le daba a Domitila dinero cada ocho días para que comprara comestibles. También le pidió a su cuñado Manuel, le hiciera otra casa ya que la actual estaba por caerse. Después de su cuarentena, Adela regresó a su nuevo hogar junto con sus retoños y triste por la pérdida de su hijo. Siempre agradeció a Domitila lo que hizo por ella y por sus hijos.

Por el mes de junio, también de 1951, un hombre llamado Luis se ahogó en el Río Misantla. Entonces sacaron de la

cárcel a algunos reos de más confianza para que rescataran el cadáver ya que éste no había sido encontrado. Después de ardua búsqueda, por fin lo sacaron; muchas personas se habían reunido para ver al ahogado, Conrado aprovechando la confusión se dio a la fuga. Grata sorpresa se llevó Adela cuando lo vio llegar. Durante algunos días fue buscado por algunos policías en los alrededores -mas no en su domicilio-; Conrado se ocultaba en la finca y en la espesa vegetación hasta que al fin desistieron y él volvió a su vida normal aunque en cierta manera se cuidaba de no ser visto y para esto dejó de libar.

Adela recuerda con alegría aquellos días en que gozó de tranquilidad y bienestar y aunque trabajaba en las labores del campo -un poco menos- y al cuidado esmerado de sus hijos, para ella fue tiempo de bendición.

Cabe hacer mención que por esos años, Paciana pagó con creces su inmoralidad ya que su hija Paulina tuvo relaciones sexuales con Enrique -el marido de su mamá- de quien procreó dos hijos y viviendo en la misma casa de su madre.

En 1952 nació su quinto hijo, Mateo. Adela nunca comprendió por qué motivo en su humilde vivienda - siempre pulcra y el patio libre de maleza y desechos- cuando Mateo estaba pequeño y embarazada de Francisco -su sexto hijo- rondaban y a veces se metían a su hogar víboras de gran tamaño, algunas medían dos metros de longitud y con un espesor de hasta diez centímetros. Y como normalmente se encontraba sola -ya que Conrado se iba a labrar- tomaba un palo de fuerte resistencia y gol-

peaba por la cabeza a los reptiles hasta matarlos; durante dos años aproximadamente Adela sufrió el asedio de estos animales y en promedio ultimó de uno a dos ofidios por día.

En 1955, Adela volvió a dar a luz a otra niña a la que bautizaron como Emilia, la consentida de Conrado, pero sólo de labios para afuera ya que no movía un dedo cuando la pequeña se debatía entre la vida y la muerte por el asma. Si por las noches la infante se agravaba, Adela con su hija en brazos y en medio de la obscuridad se dirigía a Misantla a llevarla al doctor Camilo, quien gracias a sus conocimientos la sacaba de sus crisis y para pagar la consulta, en ocasiones debía malbaratar sus gallinas ya que Emilia enfermaba cada ocho días. Hasta que un buen día un señor -vendedor de cazuelas y ollas de barro que cuando viajaba por esos lugares se hospedaba en casa de Conrado y Adela- se dio cuenta de la enfermedad de la niña y aconsejó a Adela que en medio litro de leche de chiva negra, pusiera a cocer una cabeza de ajo hasta que consumiera lo de tres partes y diera a la pequeña una cucharada tres veces al día. Adela hizo caso -y aunque la leche no era de chiva ya que por esos lugares no las crían- preparó el brebaje con leche de vaca. Al poco tiempo empezó a notarse la mejoría de Emilia y los ataques de asma espaciaron por meses y años.

A instancias de la abuela de Conrado, Caritina, Facundo -su hijo- se vio obligado a repartir las tierras que él tenía pero que no le pertenecían en su totalidad. De dieciséis hectáreas de terreno, tres le fueron heredadas a su hermana Eu-

femia; a Teresa, quien vivía en Galván, Ver., no le interesó la repartición y se conformó con un poco de dinero que le dio Facundo, que resultó ser una bicoca; a su nada querido sobrino Conrado, hijo de su difunta hermana Ana, le correspondieron también tres hectáreas; y al ambicioso y avaro Facundo le correspondieron ocho.

Conrado agradeció al cielo que su abuela haya decidido la repartición -aunque a gusto y beneficio de Facundo- ya que pocos meses después entregó su alma al Creador.

Ya instalados en lo propio, Adela y Conrado trabajaban arduamente y pronto empezaron a ver los frutos de sus labores. En diciembre de 1956, Adela, por octavo ocasión volvió a parir, ahora fue un varón.

El uno de febrero de 1957, Conrado llegó ebrio y sin motivo alguno empezó a maltratar verbalmente a Adela, quien no cumplía aún su cuarentena; no recuerda cuál fue el punto a discusión, sin embargo, su rostro se torna profundamente triste al rememorar ese día. En esos tiempos y lugares, no conocían los biberones, ya que todas las mujeres amamantaban a sus hijos. Después de hacer ingente coraje con Conrado, el niño pronto pidió su alimento, no habían pasado diez minutos de que Adela le diera su pecho, cuando el recién nacido comenzó a convulsionarse; Conrado ni cuenta se dio ya que ebrio como estaba, pronto se durmió. Adela empezó a llorar amargamente y pidiendo a gritos a la Virgen de Guadalupe que el niño volviera en sí para bautizarlo. Su llanto fue escuchado por Fabián -hijo de Facun

do, quien vivía en Misantla- el cual pasaba cerca de la casa; al oír los gritos desesperados de Adela, solícito corrió hacia la vivienda. Adela contó lo sucedido a Fabían y éste vio con coraje a su primo acostado, roncando fuertemente y a petición de la llorosa Adela, fue a casa de los padrinos de Emilia -quienes vivían cerca- para que bautizaran al enfermito. Pronto llegaron Genaro Sosa y Leónides Ramos, compadres de Adela, y le echaron agua sobre su cabeza poniéndole el nombre de Daniel. Adela dijo que en esos momentos llevaría al niño al médico pero los padrinos del infante la persuadieron de que se quedara y que ellos lo llevarían ya que en esos días había enormes zanjas y montones de tierra pues empezaban a abrir para construir la carretera. Leónides tomó a su ahijado en brazos y en compañía de su esposo y la hija mayor de Adela, Martina, -entonces de diez años- y se dirigieron a Misantla. Ahí como a las once de la noche consultaron al doctor Juan Saldañas -pediatra- quien les dijo que no había nada qué hacer. La familia Sosa Ramos tenían casa en dicha ciudad, en la cual pasaban los fines de semana y esa noche durmieron ahí.

Muy de madrugada -después de haber discutido con Conrado y de que éste hiciera caso omiso-, dejando a Mariana como responsable de sus hijos más pequeños, Adela se encaminó hacia Misantla a casa de sus compadres para saber cómo seguía la salud de su hijo. Al llegar, vio con tristeza que el fruto de sus entrañas seguía convulsionándose, tomó a Daniel en sus brazos y junto con Martina -llevó nuevamente al niño con el doctor

Saldañas y volvió a repetir lo mismo que les dijera a su compadres. Desesperada, buscó Adela otra opinión y llegó a casa del doctor Antonio Hernández -especialista en niños también- quien examinó al niño y preguntó a Adela cómo había iniciado todo desde su gestación. Después de escuchar a Adela -quien esperaba palabras de esperanza- el doctor Antonio con calma y en lenguaje sencillo empezó a explicar a su interlocutora que después de hacer el coraje y darle de mamar al niño era como si le hubiera dado veneno puro y que también la gravedad del niño se debía a que como Conrado se emborrachaba con frecuencia quizás fue concebido cuando éste estaba ebrio y que lamentablemente no había nada que hacer. Adela, con lágrimas en sus ojos, salió de ahí y dirigiéndose a casa de sus compadres les pidió llevaran al infante a bautizar a la Iglesia y su deseo fue cumplido.

En compañía de Leónides y Martina regresó triste a su hogar -y con mucho rencor hacia su marido- para ver con desesperación e impotencia como le daban convulsiones a su pequeño y cuando éstas desaparecían veía cómo su hijo apretaba sus manitas y se las llevaba al pecho al tiempo que daba gritos de insufrible dolor. El día tres de febrero la muerte vino a dar fin a la agonía del niño y a aumentar el dolor, la tristeza y el odio de Adela.

Es importante hacer mención que las diferencias de edades y el carácter violento de Conrado, afectaban a Adela -entonces de veintiséis años- contra los cuarenta y tres de su marido y sobre todo el uso de la fuerza bruta en el campo sexual

para que Adela en cortos períodos volviera a estar embarazada como sucedió después de la muerte de Daniel.

Ya desde hacía años, Adela se encargaba de ir a Misantla a comprar los comestibles para la semana ya que si Conrado iba, regresaba borracho y con las manos vacías; también aprovechaba asistir a Misa pues ahí encontraba su único consuelo. Además si Conrado llevaba cargas de café -aproximadamente ciento cincuenta kilos-, al beneficio del señor León Arroyo, al volver no traía ni un centavo; también era muy mala paga y por lo tanto ya nadie le prestaba. En cambio a Adela le era fácil obtener préstamos -siempre a pagar el diez por ciento de rédito- ya que pagaba en la fecha convenida. Así la situación, Conrado obligaba a su esposa a pedir prestado y de no hacerlo la golpeaba. Así empezó el calvario de Adela.

En cierta ocasión, después de haber sembrado y cosechado las matas de frijol, de haberlas asoleado y sacado el grano de su vaina, limpiado y escogido hasta llenar dos costales de - cien kilos cada uno, pero sabiendo que con eso alivianaría un poco su gastado presupuesto, con gusto lo hacía. Aparte de su enorme quehacer en casa, aún hacía camisas y pantalones a sus hijos y vestidos a sus niñas consiéndolos a mano durante las noches y a la luz del candil -lámpara con combustible a base de petróleo y una mecha-. Así pues Adela trabajaba hasta el agotamiento. Apenas había terminado Adela de amarrar los costales cuando se presentó Don Julio Pastrana -se dedicaba a comprar los frutos del campo con anterioridad a la cosecha aprovechando la necesidad

de los labriegos y a esto le llamaban "prestar a cuenta de cosecha"- buscando a Conrado pues éste le debía precisamente dos costales de frijol. Adela sintió en su interior una oleada de ira pero conteniéndose dijo al señor Pastrana que ella no sabía nada al respecto. Don Julio le refirió que hacía meses Conrado le había pedido prestado dinero a cuenta de cosecha ya que habían sembrado frijol él y otros peones. La discusión entre Adela y Conrado no se hizo esperar, con frustración y rencor vio que el fruto de su cansancio y sudores -treinta y cinco grados centígrados es la temperatura promedio en Buenos Aires- se habían ido por la borda por culpa de su desconsiderado e irresponsable marido, pues Adela nunca supo qué fue del dinero obtenido con antelación. A partir de entonces, Conrado hizo con frecuencia sus famosos préstamos a cuenta de cosechas aún sin sembrar.

Por esos días, Pablo -de siete años- chico bastante independiente a su edad; solía ir de compras cuando Adela no podía, gustaba dormir sin compañía -caso no común viviendo en una casa pequeña- como no había suficientes camas, dormía en una hamaca la cual se encontraba a la entrada del cuarto donde dormía Adela y sus hijos pequeños. Pero una noche de mayo cuando ya todos dormían, dijo a su progenitora que tenía mucho miedo, Adela acudió al llamado de su vástago y éste le pidió que no lo dejara solo y que encendiera el candil pues no quería estar a oscuras. Adela se retiró a su cama pues Emilia apenas tenía doce meses, no sin antes dejarle el candil encendido. De mañana Pablo sintió dolor en la corva -parte de la pierna opuesta a la rodilla-, el males

tar fue aumentando al paso de los días aunque así iba a la escuela en compañía de sus hermanas mayores. Adela al darse cuenta que el dolor no cedía y se le iba encogiendo la pierna, llevó a su hijo a Misantla con el doctor Camilo González el cual lo atendió y recetó durante un mes pero la pierna de Pablo no mejoraba. Lo vio otro médico pero tampoco hubo mejoría además de que el niño no podía dormir, lo agobiaba el miedo y empezó a bajar de peso. Así pasaron tres meses. El quince de agosto de 1957 como a las ocho de la mañana, Pablo perdió el conocimiento, Adela al verlo en tal estado rompió a llorar en eso llegó Conrado -quien había ido a comprar leche para el brebaje que se le preparaba a Emilia- examinó a su hijo y volviéndose a Adela le dijo que no se preocupara, que el niño pronto volvería en sí. Para estas fechas, Pablo ya no se levantaba ya que al hacerlo temblaba de pies a cabeza -además de que la pierna enferma la tenía tan doblada que el talón tocaba la nalga-. Cuando el niño recobró el conocimiento, Adela encargó a Conrado que lo cuidara y no lo dejara solo en ningún momento -la relación entre padre e hijo era tirante ya que cuando veía que Conrado golpeaba a su madre hubiera deseado ser grande y defenderla, sólo se limitaba a mirarlo con furia situación que no pasaba desapercibida para su padre- pues ella iría con su hija Martina a consultar a otro médico a Misantla.

El día quince de agosto es la fiesta patronal de Misantla así pues Adela y su hija asistieron a Misa donde imploró por la salud de su hijo y después irían a buscar a un doctor. Al salir por la puerta principal del templo, al terminar de bajar las

escalinatas, se encontraron con una conocida quien le preguntó por la salud de Pablo, Adela le contó lo vivido esa mañana. Esta persona -de quien Adela no recuerda su nombre, raro en ella- le sugirió que llevara a su hijo al Hotel Flores -de ahí de Misantla- donde había llegado una curandera que se hacía llamar "La India Oriental". Adela agradeció la sugerencia y en compañía de Martina se dirigió al hotel; en la entrada había un rótulo que decía: "La India Oriental", y en el primer cuarto estaba la curandera -quien al ver a Adela le preguntó qué se le ofrecía, ésta le detalló la enfermedad de su hijo. Después de escuchar a Adela la señora le dijo que no se preocupara, que su niño sanaría; puso en la mano de Adela un frasco pequeño con un contenido líquido incolore y olor penetrante por el cual pagó treinta y tres pesos, demasiado dinero en esos tiempos. Además le dio las siguientes indicaciones: llegando lo vas a bañar dentro de tu casa, con agua fría, después de secarlo le vas a aplicar con una pluma de gallina un poco de este líquido -señalando el frasco- en la corva al tiempo que rezas un Credo y por ningún motivo lo dejes solo durante los primeros veinticinco minutos, dentro de ocho días me lo traes y verás que vendrá por su propio pie.

Adela obedeció paso a paso las indicaciones de La India Oriental y esa misma noche Pablo durmió plácidamente. A los ocho días, Adela, llevó a Pablo montado en una yegua y aunque -el menor no asentaba completamente su pie, llegó caminando a -donde la India Oriental, ya dentro, sentó a Pablo frente a un -espejo al tiempo que lo cubrió con un lienzo color verde y miran

do hacia el espejo le dijo a Adela que el "mal" venía de parte de la tía de Conrado -sin referir el nombre- pues ésta nunca había visto a Adela con buenos ojos y que el maleficio era para ella, no para Pablo, pero que éste fue el que lo recibió. Además dijo de un incidente que había pasado entre Conrado y su tía y efectivamente tal y como la señora lo dijo había sucedido -cosa que dejó estupefacta a Adela y por tal motivo supo que se trataba de Eufemia, pero no exteriorizó su asombro- y le vaticinó que no cejaría en su intento hasta no verla fuera de esos rumbos. También le ofreció "curar" su casa por la cantidad de trescientos pesos cantidad exorbitante para esos tiempos. Ya no recibió a Pablo, debía Adela seguir aplicando el contenido del frasco -comprado ocho días antes- hasta que se agotara. Al regresar de Misantla, Adela comentó a Conrado lo dicho por la curandera tomando su machete se dirigió a casa de su tía Eufemia a quien amenazó con matar, no lo hizo pero sí recibió ésta un gran susto; cuando regresó a su casa, Adela llena de furia le dijo que la actitud tomada no eran de un hombre y que jamás le volvería a confiar algo. Respecto a la curación de la casa, Conrado una vez más hizo caso omiso además de que resultaba muy caro. Independientemente de que Adela viera con admiración la curación de su hijo, seguía reacia ante personajes como curanderos y adivinos por tanto no insistió; su hijo estaba bien y al terminarse el frasco ya caminaba normal y de esto daba gracias a Dios.

Con tanto acontecimiento en 1957, la muerte del pequeño Daniel al iniciar el mes de marzo, las cosechas vendidas con

anticipación por Conrado, junto con su carácter violento, abuso sexual y total apatía para sus deberes maritales y paternales; la enfermedad de Pablo y embarazada, sí, en noviembre de ese mismo año dio a luz a su noveno retoño, fue niña, dándola como ahijada a sus compadres Genaro y Leónides, bautizándola con el nombre de Carmen. La pequeña nació bien de salud a pesar de que cuando Adela tenía siete meses de embarazo, el cruel Conrado haciendo gala de su machismo y montado en su caballo, tomó su reata de lazar y como si su esposa fuera un becerro o un potrillo, de manera inmisericorde la arrastró en el patio, Adela pensando en el fruto de sus entrañas se asió de la reata, sus rodillas quedaron sin piel mientras Conrado gritaba que lo hacía para que supieran quien era el que mandaba y que era muy hombre -sus hijos espantados sólo atinaban a apretujarse entre sí-; Adela pese a su dolor y vergüenza -ya que vivían cerca del camino real y por ende transitaba mucha gente por ahí- le contestó que bueno debía ser para mantener y vestir a sus hijos ya que lo que ganaba se lo gastaba en borracheras y haciendo enorme esfuerzo se libró de la cuerda y corrió hacia adentro de su hogar. Conrado espoleó a su caballo y como loco se alejó. Desde hacía algún tiempo la situación familiar de Adela cada vez estaba peor a pesar de que ella ponía su mejor empeño. Como se dijo anteriormente, empezaban a abrir para construir la carretera y Adela para poder alimentar y vestir a sus hijos daba de comer a los ingenieros y supervisores pues éstos eran de Xalapa u otros lugares. Su marido jamás compró a sus hijos una prenda de vestir, ni para él todo debía correr por cuenta de Adela.

A raíz de entonces la vida de Adela ya difícil se tornó en un verdadero infierno y la pobreza se convirtió en ama y señora. Conrado prácticamente ya no trabajaba y tenía suficiente tiempo para hacer la vida imposible a los demás, principalmente a su familia. Hubo días en que Adela sólo daba a sus hijos elotes molidos con sal ya que no había dinero ni para comprar un piloncillo -pieza en forma de cono truncado de azúcar moreno- ya que Adela no usaba azúcar.

A finales de los años cincuenta la situación familiar de Adela y sus hijos ya no podía ser peor y en 1960 dio a luz a su último hijo varón a quien bautizó como Isidro, pequeño que sólo conoció el desamor paterno ya que desde su octavo hijo a Conrado no le hacía gracia volver a ser padre, sin embargo, en su total ignorancia e irresponsabilidad -no sabía leer ni escribir- seguía embarazando a Adela.

Cuando el infante tenía sólo once meses de edad y empezaba a caminar deteniéndose de cuanto había a su paso: un día en que Conrado estaba sentado en una silla -en ese año ya no trabajaba- el niño se detuvo de su rodilla y el infame padre le dio un puntapié que aventó al niño de ahí, al tiempo que sangraba del mentón. Adela, impotente, sólo atinó a levantar al niño y a curar su herida mientras iracunda reclamaba a Conrado su reprochable actitud.

A pocos días de lo sucedido, Conrado para variar llegó borracho le pidió a su esposa de comer -exigía sin dar-

ésta lo atendió: ebrio como estaba se quedó dormido, Adela lo observó y tomando el rifle de Conrado lo encañonó hacia la cabeza y pensó hasta aquí llegaste maldito, sus hijos jugaban afuera ya que al ver a Conrado en estado etílico huían de su presencia pero pronto desistió ya que pensó en sus sufridos retoños quienes recibían sólo de ella cuidados y amor y huérfanos padecerían lo que ella había sufrido; además de que no deseaba manchar sus manos con alguien que para ella ya no valía la pena.

A principios de 1961 embarazada por undécima ocasión, Adela, después de poco más de quince años de casada, con sinsabores, golpes, vejaciones y sufrimientos; decidió como persona civilizada hablar con Conrado y le dijo que con el gusto con que se habían unido, ahora se separaran, su marido en tono burlón contestó que de ahí sólo saldría muerta.

En la Semana Santa de ese año, Adela tomó la decisión de llevarse con ella a sus hijos y abandonar a Conrado. Pero como Conrado ya no trabajaba y no se alejaba de la casa por mucho tiempo aun andando ebrio. La oportunidad para Adela de llevar a cabo su plan de abandonarlo, se presentó el catorce de mayo ya que Conrado junto con unos vecinos, después de haber hecho una atarraya, se fueron a pescar a sólo unos tres kilómetros de ahí. Adela, sin demora, junto con sus hijos mayores empacaron rápidamente lo más indispensable, lo demás lo encargaron a una vecina. Así, Adela junto con sus ocho hijos la mayor de casi quince años y el menor de uno y embarazada dijeron adiós a aquel lugar que les ocasionara tanto sufrimiento y tomaron un

camión con destino a Misantla. Por coincidencia en ese mismo transporte viajaban su comadre Leónides y su hija Fabiana. Adela le confesó a su comadre que ya había dejado a su marido y que por nada del mundo volvería con él; Leónides le preguntó hacia donde se dirigían, Adela contestó que no sabía, su comadre le ofreció su casa y ella aceptó.

Conrado, al regresar a su casa no podía creer lo que sus ojos veían, desconcertado, no supo qué hacer y esa noche no pudo conciliar el sueño. Muy de mañana se dirigió a Misantla al domicilio de su comadre Leónides a preguntar por el paradero de Adela pero como ambas mujeres se habían puesto de acuerdo para no darle ninguna información y que los niños no hicieran ruido, Leónides dijo no saber nada -pero la pobre temblaba de pies a cabeza y sus manos sudaban copiosamente-,

Conrado, supersticioso, fue a consultar a Doña Zenaida, aquella que sanó a Adela de su brazo, para preguntar dónde se encontraba su esposa, la curandera le dijo que Adela se encontraba en Misantla, que de ahí no había salido. Furioso nuevamente se presentó a la casa de sus compadres Genaro y Leónides pero la negativa de éstos fue rotunda.

Adela se enteró de que Conrado andaba por los alrededores de Misantla, diciendo que donde la encontrara la haría picadillo; al tener conocimiento de esto, Adela fue a exponer su caso al Sargento de Policía llamado Mateo quien vivía casi enfrente de la familia Sosa Ramos, como seguían escondidos tuvo que ir

de noche. El sargento Mateo, después de escucharla le dijo que eran problemas matrimoniales en los cuales él no debía inmiscuir se, además después se arrepentiría y volvería con Conrado; Adela replicó que ella no era de ese tipo de mujeres y que estaba decida a jamás volver con su marido y que era mujer de una sola pa labra. Al tercer día los policías detuvieron a Conrado y lo me tieron a la cárcel después lo llevaron ante el Ministerio Públi co para carearse con Adela; ahí Conrado dijo a Adela que lo per donara, que estaba arrepentido y que retirara la demanda, además que pensara en sus hijos que no tenían a dónde ir. -para esos - días Adela y sus hijos ya vivían en un cuarto que rentaban ya que con sus compadres estuvieron cinco días. Con aplomo Adela le contestó que con todo lo que había sufrido a su lado no lo perdonaría, que no creía en su arrepentimiento y que no retiraría la demanda ya que la había amenazado de muerte, además de que él nunca se había preocupado por su numerosa prole, por lo tanto a su casa no volvería jamás. A este careo le siguieron otros más hasta que al fin el Juez del Ministerio Público le dictaminó a Conrado tres años de cárcel.

Ya encerrado Conrado, Adela empezó a lavar ropa aje na -labor que no desconocía- sus hijas mayores, Martina y María na, trabajaban de domésticas; Pablo repartía una bebida llamada chicha -hecha a base de zarzaparrilla-; Mateo y Francisco repar tían pan. Y como el rancho donde habían vivido estaba sembrado de café, Adela y sus hijos varones iban a limpiar la finca y - cuando llegaba el tiempo de cosecha dejaban sus empleos y se iban

a cortar ya que esto les dejaba mayores ingresos, terminada esta etapa, volvían a su anterior trabajo.

Ese año, Adela se pudo comprar al fin unos cinco vestidos y después de treinta y un años de vida por primera vez sus pies supieron lo que eran unos zapatos ya que hasta entonces había andado descalza y a sus hijos les compró ropa nueva.

Poco después se fueron a Poza Rica, Ver., a trabajar de domésticas Martina y Mariana, Martina regresó cuando recibió carta de su madre donde le decía que pronto daría a luz, no así Mariana, quien empezaba a dar muestras de rebeldía.

En septiembre de 1961 nació la última hija de Adela a quien bautizó con el nombre de Nohemí.

En agosto de 1962, a Adela se le partió el corazón - cuando Martina, su hija mayor y brazo derecho, no regresó a su casa pues se había ido con su novio Saturnino, a quien por cierto Adela no conocía.

Durante 1962 y 1963, Adela en compañía de Pablo, Mateo y Francisco, seguían limpiando y cosechando en la finca pues Conrado aún permanecía en la cárcel. Los domingos Pablo se dedicaba a bolear zapatos en el parque de Misantla.

En enero de 1964, Mateo llegó asustado a su casa y contó a Adela que había visto en la calle a su padre. El veinte de ese mes se celebró el Cuatrocientos Aniversario de la fundación de la Ciudad de Misantla y habían llevado a algunos presos para

que ayudaran a colocar el palo de enorme altura donde harían sus acrobacias los voladores de Papantla.

Por ese entonces Mariana trabajaba en la Ciudad de México.

Pronto llegó a oídos de Adela que en poco tiempo Conrado saldría libre y recordó las amenazas hechas por éste y para evitar cualquier tipo de conflicto, decidió poner tierra de por medio y un diecinueve de febrero de 1964 a las cinco de la mañana, con sus siete hijos y sus escasas pertenencias se fueron a Martínez de la Torre, Ver., ahí Adela se puso en las manos de Dios y del destino porque dijo a sus hijos -eran las siete de la mañana- en el camión que pase primero nos vamos ya sea a Xalapa o a la Ciudad de México. Y el primero en llegar se dirigía a La Atenas Veracruzana y así, Adela con Nohemí en brazos junto con Pablo, Mateo, Francisco, Emilia, Carmen e Isidro, abordaron un Autobús de Oriente que los llevaría a Xalapa, también conocida como La Ciudad de las Flores.

Y un miércoles diecinueve de febrero de 1964, con neblina, mucho frío y el clásico chipi-chipi, Xalapa, dio la bienvenida a Adela y a su numerosa prole. Al llegar a la terminal del ADO, Autobuses de Oriente, entonces ubicada en la Avenida Manuel Avila Camacho, los niños se sentaron sobre el equipaje -unas tres cajas, a poco rato tomaron un taxi y se hospedaron en el Hotel Dulcelandia, de la Avenida Revolución; la recepcionista aceptó que se instalaran todos en un sólo cuarto pero recomendándole a Adela que los niños no hicieran ruido de lo contrario

a ella le llamarían la atención. Los hijos de Adela estaban - educados de tal manera que con una sola mirada de su madre, ésta los controlaba. Por tanto los niños no causaron ningún problema ni siquiera la más pequeña.

Pablo y Mateo, sin conocer la ciudad salieron a buscar un cuarto para renta. Regresaron con buenas noticias y después de haber comido -itacate traído de Misantla-, Adela y Pablo fueron a Catedral a orar ante la tumba de Monseñor Rafael Guízar y Valencia. Saliendo de Ahí se dirigieron a la calle de Insurgentes donde Adela dio visto bueno al cuarto y por el cual pagaría setenta pesos mensuales más un mes de adelanto.

Pronto se dio cuenta Adela que haber ahorrado un poco le ayudaría a solventar los primeros gastos ya que fue necesario comprar una estufa de petróleo de tres quemadores, comestibles y un petate para poder dormir.

Al tercer día consiguió lavar ropa ajena a personas de las calles aledañas. Pablo, / pastoreaba las vacas del señor Sanromán en la Avenida Orizaba; Mateo hacía aseo en el entonces Cine Lerdo -actualmente un estacionamiento- y Francisco en una panadería. Pablo, conoció a Eladio, hombre de nobles sentimientos, casado con Elena, quien conociendo las penurias de Adela y sus hijos -por medio de Pablo- ofreció construir en un terreno propiedad de su padrino una casa de madera para que ahí vivieran, cobrándoles una renta mensual de veinte pesos. Así a los dos meses de llegados a Xalapa, Adela y sus hijos se muda-

ron a lo que ellos llamaban "la loma", actualmente la Avenida Orizaba.

A principio de 1965, Renato, el hermano menor de Adela, visitó a su hermana la cual lo recibió con gusto, qué lejos estaba Adela de imaginar que su hermano había viajado y cubierto sus gastos con dinero de su cuñado Conrado pues éste le había pedido y pagado para que le investigara dónde vivía su esposa -nunca se divorciaron-. Así, a los pocos días de la partida de Renato, Adela se llevó la desagradable sorpresa de tener frente a ella al hombre que tan mala vida conyugal le diera, - Conrado.

Conrado ya había vendido sus tres hectáreas de terreno y traía consigo suficiente dinero; dijo a Adela que comprara un terreno y le dejó un fajo de billetes, pues su intención era volver con ella. Conrado se hospedó en un hotel y al otro día regresó a Misantla.

/

Ocho días después, Conrado viajó nuevamente a Xalapa para ver si Adela ya había comprado un lote, quien por cierto estaba enferma de principios de neumonía; sin deseos de discutir devolvió a Conrado su dinero íntegro al tiempo que le dijo que de él no quería nada. Molesto, Conrado, persuadió a Pablo, Mateo y Francisco para que se fueran con él y dejaran de andar causando lástima; Pablo y Francisco fueron presa fácil, no así Mateo que desesperado decía a sus hermanos que no se marcharan pues su madre estaba enferma pero ellos haciendo caso omiso se

fueron con su padre.

Meses después, Pablo vino a Xalapa a dejar a su hermana Martina pues ésta por tener problemas con su marido Saturnino, decidió dejarlo. Adela recibió con gusto a su hija mayor - pero a los pocos días la vio partir en compañía de Saturnino - quien vino a buscarla y la convenció de que volviera con él.

En 1966, Adela compró en abonos un pequeño terreno y construyó una humilde vivienda con pedazos de madera y lámina de cartón, en un lugar al que los hijos de Adela llamaban "la vía" pues estaba cerca de una vía de tren. A Adela se le dificultaba mucho viajar diariamente al centro de la ciudad para ir a lavar ropa ajena ya que debía caminar más de cuatro kilómetros de ida y vuelta, además dejaba a Carmen, Isidro y Nohemí solos ya que Emilia desde los ocho años empezó a trabajar; por tal motivo, decidió rentar e irse a vivir a la calle Bustamante, zona centro. Las pocas letras que había pagado por el terreno, las permutó por una máquina de coser.

A principio de 1967, Pablo abandonó a su padre y volvió al hogar materno, contaba entonces con dieciocho años, poco después ingresó al 21 Batallón de Infantería como soldado; a poco tiempo se enamoró de Lina y decidió llevársela -se casaron meses después- pues había dicho a Adela que él no trabajaría para mantener hijos ajenos, refiriéndose a sus pequeños - hermanos. Para ese entonces, Carmen, Isidro y Nohemí estudiaban la primaria, Mateo y Emilia iban a la escuela por la noche ya

que de día trabajaban.

También al iniciar 1967, Mariana -la segunda hija de Adela- quien trabajaba en la Ciudad de México hacía años, y quien por cierto llegó sin dinero, además, durante su estancia en la capital del país, sólo una vez le envió a su madre cien pesos, decidió volver al lado de su madre pero a Adela no le duró mucho el gusto ya que del mismo sentir que su hermano Pablo, pronto se fue a vivir con Gaudencio y nuevamente abandonó el hogar materno.

Adela seguía incansable lavando y planchando para poder llevar a sus hijos el alimento necesario ya que éstos no supieron de golosinas ni de dinero para el recreo en la escuela, sin embargo, comían carne de res, de pollo, leche y leguminosas. Cabe señalar que quizá por traer siempre a sus hijos con ropa limpia, nunca tuvo suerte para que le regalaran ropa usada ni para ella ni para sus niños.

Adela sólo se dedicaba a sus hijos y al trabajo, ella no sabía de fiestas ni bailes ya desde 1965 pertenecía a la Tercera Orden Fransicana - actualmente Orden Franciscana Seglar- una de las tres Ordenes fundadas por San Francisco de Asís, asistiendo dos veces por semana a la iglesia y en donde los miembros pertenecientes a dicha Orden se llaman hermanos.

En febrero de 1970, Conrado empezó a sentirse enfermo y viajó a Xalapa en compañía de su hijo Francisco, para acudir al médico; hospedándose en el cuarto que rentaba su hijo

Pablo; Conrado pidió a su hijo que le dijera a Adela que deseaba verla y que llevara a la pequeña Nohemí -entonces de ocho años-. Adela se rehusó en un principio pero persuadida por un matrimonio de la Orden de San Francisco, a regañadientes acudió con su hija menor al domicilio de su hijo Pablo. Conrado preguntó a Adela por sus hijos, ésta se portó parca al hablar con él, después habló a solas con la pequeña Nohemí a quien le pidió perdón, ésta no sabía de qué se le pedía perdón pues para ella era un perfecto desconocido.

A Conrado le diagnosticaron cáncer en el estómago y resignado a su suerte regresó a Misantla junto con Francisco, quien a pesar de los maltratos de su padre siempre estuvo a su lado cuidándolo.

Cuando el cáncer ya hacía estragos en Conrado, éste le confió a Manuel, esposo de Leonor, hermana de Adela, que el mal que uno hace se paga en este mundo pues sentía que sus entrañas se quemaban y no había poder humano ni medicina que aliviara un poco su dolor. En mayo de 1970 Conrado, expiró.

Adela no sufrió la muerte de Conrado, ni asistió a las honras fúnebres ya que se entero de su fallecimiento días después; a sus hijos menores la noticia de la muerte de su padre tampoco les afectó, no así Emilia quien sí lloró el deceso de su padre pues como se dijo en páginas anteriores fue la consentida de Conrado y ella lo sabía.

Seis meses después de la muerte de Conrado, Pablo sa

biendo que su hermano Francisco sufría en Misantla, fue por él y lo convenció de que se fuera a vivir a Xalapa con Adela, no fue fácil, ya que a Francisco la familia de Conrado le había hecho creer que su madre tenía otro marido. Adela se había jurado así misma jamás volver a tener relación de pareja con ningún hombre pues la experiencia con Conrado no había sido para ella nada agradable; además, no quería que sus hijos pequeños sufrieran peligro alguno.

En ese mismo año Mateo empezó a trabajar en el Instituto Mexicano del Café -hoy desaparecido-. Emilia seguía trabajando de doméstica, ambos sólo habían terminado la primaria. Carmen hacía tortillas para vender, Isidro y Nohemí las iban a entregar. Meses después de su retorno a Xalapa, Francisco, recomendado por una señora que trabajaba en Palacio de Gobierno, empezó a trabajar en Caminos y Puentes Federales, él ni la primaria había terminado.

En 1971, Carmen decidió hacerse monja e ingresó a la Congregación de Las Agustinas Recoletas de la Ciudad de Puebla; a Adela le agradó sobremanera tener a una hija en un convento.

En 1973, Adela se enfermó gravemente y como Mateo, Francisco y Emilia trabajaban y ayudaban en los gastos de la casa, al sanar dejó de lavar y planchar ropa ajena. Como Mateo ganaba más y era el de mayor edad, se sentía el señor de la casa; su carácter violento era el que ocasionaba problemas ya que con frecuencia maltrataba verbal y físicamente a sus herma-

nos menores pues llegaba a golpearlos sin que Adela le reprocha ra su actitud en lo más mínimo; no así Emilia quien defendía a Isidro y a Nohemí a costa de recibir ella los golpes. Adela no dialogaba con sus hijos, cuando algo le molestaba de ellos o la desobedecían, los golpeaba ignorando las explicaciones que éstos pudieran darle.

En 1974, Emilia se marchó a trabajar a la Ciudad de México, al parecer ya no soportaba el carácter iracundo de su hermano Mateo. Cada ocho o quince días le llamaba por teléfono a su madre -a la casa de una vecina- y cada tres o cuatro meses visitaba a Adela trayendo siempre muchos obsequios.

En 1977, Francisco se fue a vivir con Fabiola -divorciada, con dos hijas- de la cual se enamoró perdidamente y aunque Adela lo exhortó a que viera la realidad, finalmente lo apoyó en su decisión.

En ese mismo año, Mateo adquirió una casa por medio del Issste para pagarla en pagos. Adela, conociendo el carácter de su hijo no aceptó mudarse pues prefería seguir pagando renta, pero como Mateo amenazó con devolver la casa si su madre no se iba a vivir con él, ésta aceptó.

El 16 de septiembre de 1977 fue el día elegido para mudarse a su nueva casa, así había dicho Mateo a su madre, que la casa sería para ella y para que ya no se preocupara cada mes con el pago de la renta. Cuando apenas habían descargado del camión sus pertenencias y como Adela le pidiera a Mateo que

instalara la estufa, éste ebrio y molesto -ya desde hacía años tomaba con mucha frecuencia- le contestó que no iba a hacer nada pues lo esperaban sus amigos que habían ayudado en la mudanza, pero como Adela insistiera, le gritó que si no le parecía regresara a donde rentaba. Esa tarde Adela y Nohemí lloraron y se arrepintieron de haberse mudado. Isidro entonces de diecisiete años, ni siquiera las había ayudado a empacar y se presentó ya de noche.

Francisco y Fabiola les llevaron unas golosinas para mitigar su hambre pues Mateo era el que sabía hacer instalaciones de gas y de electricidad; además la Unidad Habitacional del Fovissste distaba mucho del centro de la ciudad y en ese tiempo no había misceláneas cercanas, ni camiones de servicio urbano para esa ruta. Ahí empezó otro calvario para Adela y sus hijos solteros -Isidro y Nohemí- ya que Mateo con frecuencia los corría de su casa, incluyendo a Adela. Isidro hacía años que trabajaba pero al igual que Nohemí, no eran libres de escuchar la música de su gusto, ni de ver en la televisión sus programas favoritos, tampoco llevar amigos a la casa pues Mateo argumentando que él era el dueño -situación que nunca desconocieron sus hermanos- les prohibía ese tipo de diversiones.

Por dedicarse al trabajo y casarse jóvenes, la mayoría de los hijos de Adela sólo estudiaron la primaria, otros un poco más pero ninguno llegó a ser profesionista, sin embargo, y a excepción de Mateo, los otros varones aprendieron el oficio de la herrería. Nohemí, bastante enfermiza, después de concluir -

la secundaria, estudió la Carrera Comercial.

A finales de 1977, en uno de sus viajes a Xalapa, Emilia confesó a Adela y a Nohemí que estaba embarazada -con frecuencia decía que deseaba tener un hijo sin casarse- y que el fruto de sus entrañas nacería en el Distrito Federal; y efectivamente así sucedió.

Desde 1972, las Monjas Agustinas Recoletas de Puebla, habían fundado una nueva Congregación en Xalapa, así desde ese año, Carmen, la hija monja de Adela, vivía en Xalapa pero sólo podía ser visitada por su familia cada mes durante una hora ya que por ser monja de claustro, las reglas del convento le prohibían salir. Adela y Nohemí durante casi diez años ayudaron de manera ardua y desinteresada a las monjas, sobre todo en hacerles mandados.

En abril de 1979, operaron de emergencia a Nohemí, - Adela con sus pocos ahorros cubrió totalmente los gastos ya que no le gustaba molestar a sus hijos -además éstos no le ofrecieron ayuda- pues bien sabía que carecían de recursos económicos; además todos pagaban renta.

En 1980, Emilia, la única hija de Adela que vivía fuera, regresó; pues Martina desde finales de los años sesenta vivía con su esposo y sus hijos en Xalapa. Ese mismo año, Emilia empezó a estudiar en una Academia Comercial pues ya no deseaba seguir trabajando de doméstica.

En febrero de 1981, Isidro se casó con Angelina y -

también se fue a rentar. Adela solía decir con frecuencia "el que se casa, casa quiere"; no le gustaba entrometerse en la vida conyugal de sus hijos y por tanto casi no los visitaba, ellos iban a visitarla.

En abril de ese mismo año, Nohemí, fue intervenida quirúrgicamente por segunda ocasión, pero ahora en la ciudad de Puebla. Sólo Adela cuidó de su hija en el sanatorio y a los pocos días regresaron ambas a Xalapa.

En septiembre de 1981, Nohemí, decidió ingresar a una Congregación Religiosa de Orizaba. Adela sufrió mucho con su partida ya que estaba acostumbrada a su hija pues siempre andaban juntas.

Así pasaron los primeros años de la década de los ochenta. Adela iba a visitar mes con mes a sus hijas religiosas, hacía tandas para ir ahorrando ya que era enemiga de pedir dinero u objetos prestados.

Ahora la familia la integraban: Adela, Mateo, Emilia y su hijo Joel; los problemas con Mateo nunca atenuaron ya que haciéndose ebrio consuetudinario aprovechaba ese estado para correr de su casa a su madre y a su hermana. Adela sufría en silencio pues a sus más de cincuenta años y después de tanto trabajar su cuerpo estaba cansado, sin embargo, llevaba una vida activa haciendo todo el trabajo de la casa y yendo a la iglesia su lugar favorito. Emilia ya egresada de la Carrera Comercial, tenía un trabajo poco remunerativo y eventual, lo que hacía que

ambas mujeres no se animaran a volver a rentar, aunque fuera un cuarto pequeño. Algunos de sus otros hijos empezaron a adquirir terrenos pero su precaria economía no los dejaba construir una vivienda decorosa.

Es importante hacer notar que desde que Adela y sus hijos llegaron a Xalapa, familiares y conocidos de éstos, si por alguna enfermedad debían viajar a la Capital del Estado, su hogar servía de hotel y restaurante y en la mayoría de las veces, ni las gracias le daban. Sería imposible nombrar a tanta gente que por días o meses llegó a habitar la casa de Adela, pero sí resalta entre ellos la figura de Facundo -tío del ya fallecido Conrado- a quien en 1984 lo operaron de los ojos; Adela y Emilia cuidaron con esmero de él, le daban de comer en la boca y lo llevaban al baño, sin embargo, Facundo, teniendo suficiente dinero, nunca les dio dinero ni siquiera para su propio consumo. Una de las frases célebres de Adela es: hacer el bien y no esperar recompensa.

En 1987, en una de las visitas que Adela hiciera a su hija Nohemí, se dio cuenta que la salud de ésta se deterioraba pues tomaba muchos medicamentos; habló con ella y le dijo que si no estaba bien en el convento, que regresara a Xalapa. Nohemí era religiosa de vida activa, lo opuesto a su hermana Carmen quien pertenecía a una Congregación de Claustro. Cada año, Nohemí visitaba por algunos días a su familia y se daba cuenta de la difícil situación en que vivían su madre y su hermana por causa de Mateo.

A sus casi cincuenta y ocho años de edad, en enero de 1988, Adela fue intervenida quirúrgicamente por vez primera, todos sus hijos estuvieron pendientes de ella, hasta Carmen la visitó en la Clínica del Issste, donde fue operada. En sus primeros días de convalecencia, Nohemí cuidó de su madre, ya que Emilia trabajaba, pero después de un mes debió regresar a Orizaba.

Por caprichos del destino, en abril de ese mismo año pero en diferente fecha Carmen y Nohemí decidieron renunciar a la vida religiosa y regresaron con su madre.

Si la relación familiar con Mateo ya era difícil, con la llegada de sus dos hermanas, principalmente Nohemí, la situación se tornó imposible ya que Mateo de manera soberbia y con palabras altisonantes las humillaba e injuriaba pero su hermana menor con pocas palabras lo ponía en su sitio. Mateo nunca tuvo valor en juicio de hablar con su madre y pedirle se fueran de su casa, pues deseaba casarse, aprovechaba estar ebrio para echar habladas y ofenderlas.

Cuando la convivencia familiar se hizo insostenible, Emilia, Carmen y Nohemí hablaron con su madre y decidieron ya no vivir más al lado de su hermano Mateo. Buscaron cuarto para rentar pero el sueldo de Emilia no alcanzaba. Por tanto Emilia y Nohemí fueron a hablar con su hermano Pablo -quien para ese entonces tenía una casa grande y amplio terreno- para que les prestara un cuarto e irse a vivir ahí. Pablo aceptó y les

ofreció un pequeño cuarto, sus hermanas le agradecieron su apoyo.

Y en julio seis de ese mismo año, antes de que se cumplieran tres meses de la llegada de Carmen y Nohemí al Fovissste, Adela y sus hijas se mudaron por enésima ocasión. Hacía más de diez años que Adela vivía en una casa espaciosa -en comparación con los cuartos que rentara- con comodidades y hasta teléfono. Ahora en cambio, debían acomodarse en un espacio de cinco metros de largo por cuatro de ancho, utilizar una estufa de gas portátil de dos quemadores -ya que la estufa, el refrigerador y el juego de sala los había comprado Mateo- por tanto se los dejó. Muchos objetos quedaron empacados por tiempo indefinido y el pequeño cuarto debían habitarlo cuatro mujeres y un niño.

Como Carmen y Nohemí no trabajaban todavía, Emilia era la única que sostenía los gastos de la casa. Adela tenía un poco de dinero ahorrado y con él compró un terreno, para no desentonar pequeño, en un lugar desnivelado pero con la cantidad con la que contaba no podía aspirar a algo mejor. Adquirido el pequeño lote, Adela y sus hijas decidieron empezar a construir -pues no deseaban permanecer mucho tiempo en la propiedad de Pablo, ya que éste pudiendo prestarles un cuarto contiguo al que ellas habitaban, -el cual estaba ocupado de grava, arena y ladrillos- lo llenaba aún más con puertas y ventanas que él hacía, obstruyéndoles el paso, además de que tenía dos patios bastante grandes donde pudo haber colocado dicho material. Sin embargo, nunca se quejaron pues no pagaban a su hermano ninguna renta. Ellas y Joel sufrían las incomodidades pues aparte de -

habitar un espacio tan reducido, debían asearse en un baño sin puerta, un retrete de cemento del cual salía un olor nauseabundo ya que los amigos de los hijos de Pablo -jóvenes y adolescentes- ahí hacían sus necesidades fisiológicas y como una vez más estaban en calidad de "arrimadas" no tenían derecho a quejarse. Pablo y su familia tenían su baño aparte, por tanto, lo que hicieran las jóvenes visitas no les importaba ni afectaba; lavarlas era lo de menos pero esto era a diario y a distintas horas del día.

A sus cincuenta y ocho años de edad, Adela por fin podía decir que era propietaria al menos de un terreno, pero para poder pagar al albañil que haría su futura casa, comían a diario col frita, papas, frijoles y tortilla. Adela que acostumbraba comer carne varios días a la semana, debió olvidarse de ella. Como no podían pagar a varios trabajadores, el oficial sólo tenía a un ayudante por tanto con frecuencia, las cuatro mujeres -Adela tenía meses de operada-, acarreaban en cubetas arena y grava pues los camiones materialistas la dejaban en la calle y no faltaba gente que hurtara el material en pequeñas cantidades.

Fueron meses difíciles para Adela y sus hijas, sufrían en el aspecto físico y moral. Su alimentación era frugal en exceso, además no se sentían a gusto con Pablo y su familia.

Al año de iniciada la construcción de su casa, estando ésta sin puertas, sin ventanas, sin revocar y sin agua, en noviembre de 1989, se mudaron a la que sería por fin su propie-

dad. Las incomodidades que hacía más de una década habían dejado atrás, las volvieron a encontrar ya que el agua potable debían llevarla a casa -en cubetas de diecinueve litros- de una toma hidráulica que se encontraba a una cuadra de su rústico hogar, a la cual tenían acceso durante quince minutos por día -ya que los vecinos también hacían uso de ese servicio. A finales de ese año, Nohemí empezó a trabajar en una Institución Federal y Carmen de empleada de una mueblería.

El invierno de ese año fue de los más crudos, para poder dormir debían juntarse para no padecer los estragos del frío. En diciembre, con una cena sencilla celebraron la Navidad y la entrada del Año Nuevo, había un motivo principal por fin vivían en casa propia y se sentían libres.

En 1990, Adela cumplió su sexagésimo aniversario de vida y todos sus hijos se pusieron de acuerdo para celebrar y hacerle una comida donde acudieron nietos y bisnietos.

Las tres hijas de Adela que vivían con ella, casi no se compraban artículos personales ya que urgía acondicionar la casa, habían aprendido de su madre a ahorrar y a sacrificarse -pero bien valía la pena.

Aunque tres de los hijos de Adela trabajaban la herrería y tenían su taller propio, le pidió a uno de ellos le hiciera las puertas y ventanas, dándole el costo del material y un poco de la mano de obra pues no deseaba ser una carga para sus hijos y si éstos no le obsequiaban algo, ella no les pedía. A

poco tiempo tuvieron la instalación del servicio de agua potable y dejaron de acarrearla.

En 1991, Carmen se casó con Adán. Adela no esperaba que esto sucediera tan pronto y le dolió la ida de su hija aunque reconocía que ésta hacía tiempo había dejado de ser una jovencita. Como Adán no tenía casa propia, rentaron.

Con el paso de los años, fueron mejorando la casa y veían con gusto que el sacrificio hecho daba sus frutos. Emilia tenía una plaza fija, Nohemí había cambiado de trabajo y su sueldo había mejorado, en 1994 tuvieron servicio telefónico.

En 1997, a Adela le extirparon la vesícula biliar. En su recuperación no le faltaron las atenciones de sus hijos, a excepción de Mateo, y las visitas de sus nietos y amistades.

Mateo es el único hijo que actualmente le da problemas a Adela ya que casi no trabaja, se embriaga todos los días y prácticamente no mantiene a sus tres hijos ni a su esposa con quien se casó a los pocos días de la salida de Adela y sus hijas del Fovissste.. Adela con frecuencia los ayuda ya que a veces no tienen que comer y a fin de cuentas este hijo y su familia son su mayor preocupación.

En la actualidad, Nohemí quien permanece soltera y Emilia con su hijo Joel son las personas que viven con Adela. Sus otros siete hijos tienen casa propia y ninguno se ha divorciado. Martina procreó a nueve hijos, de los cuales viven sie

te. Mariana tiene tres mujeres y un varón. Pablo es padre de cinco. Mateo cuenta con dos pequeñas y un niño. Francisco tiene dos hijos. Carmen una niña y un bebé. Isidro dos jovencitas y un niño. Además, Adela tiene dieciséis bisnietos.

El hermano mayor de Adela, Federico, de ochenta y dos años, es el único que a la fecha no la ha visitado; actualmente vive en un poblado cercano a Xalapa, su situación económica es precaria. Hace poco estuvo enfermo de gravedad, Adela, estuvo pendiente de su salud y diariamente fue a visitarlo al hospital. Aunque Adela tiene conocimiento que este hermano le ha llamado bastarda y es reacio con ella, ésta siempre lo ha querido.

Felipa, viuda desde hace años continua viviendo en el lugar que la vio nacer, Buenos Aires, Ver., y en condiciones extremadamente pobres.

Leonor, viuda también, ha sido la hermana de Adela - que más la ha querido y con la cual lleva una relación más estrecha visitándose ambas con frecuencia, también sigue viviendo en Buenos Aires.

Renato, el hermano menor, vive en Xalapa pero pasan años para que visite a su hermana.

Adela casi a diario recibe visitas de familiares o de amistades para quienes siempre tiene un buen consejo y palabras de aliento además de que independientemente de la hora en que lleguen, siempre les invita de comer.

Adela, agracede a Dios -es católica practicante- que tanto sufrimiento vivido no hallan hecho mella en su estado de ánimo ya que se siente feliz cada día que amanece no importando si hace frío o calor. Ella simplemente dice: Gracias, Dios mío, porque al fin tengo un techo donde vivir.